



REFUGIO EN LA TORMENTA

Durante la noche la mamá se acercó varias veces a la ventana y miraba hacia la oscuridad. ¿Qué buscaba?

La historia de hoy nos llega de la isla de Palawan, en las Filipinas [ubícala en el mapa de la página XX].

—¡Miriam, despierta! —Miriam abrió los ojos y vio a su mamá junto a ella—. ¡Rápido, agarra tu cobija y sígueme! —dijo la mamá.

La mamá se dirigió hacia la puerta y desde allí dijo a Miriam: «¡Apúrate!». Miriam tomó su cobija y salió con la mamá de su recámara.

Entonces lo escuchó —el rugido que venía de afuera sacudía las paredes de madera que protegían a la familia. El viento silbaba por las ventanas y arrojaba basura por el camino. Los árboles se inclinaban hacia el suelo y se quebraban bajo la presión del viento. La lluvia caía a cántaros sobre el techo metálico, y su sonido era tan fuerte como el de un gigantesco tambor.

La mamá de Miriam señaló a un rincón de la habitación, el más alejado del viento. Los niños se envolvieron en sus cobijas y se juntaron en el rincón. La madre oró en voz alta, pidiéndole a Dios que los protegiera de la tormenta.

DATOS DE INTERÉS

- Las Filipinas es un país compuesto por más de 7,000 islas. La mayoría de las personas viven en las 11 islas más grandes.

- Una buena parte del territorio es montañosa y algunas de las montañas son volcanes. Varios de éstos han erupcionado en los últimos años, destruyendo aldeas y tierras de cultivo y aun cobrando vidas de las personas que no dejaron el área a tiempo.

- El idioma oficial de las Filipinas es el filipino, pero comúnmente se habla.

No tengas miedo

La mamá se acercó a la ventana y miró hacia afuera fijamente. Cuando se volvió a ver a sus hijos, notó el temor en sus ojos.

—No tengan miedo —les dijo. Miriam se tranquilizó con las palabras de su madre—. No tengan miedo.

La tormenta azotó con furia la casa durante horas, igual que todos los demás edificios del poblado. Después, Miriam escuchó que alguien golpeaba la puerta. Mamá abrió la puerta y allí estaban algunos de sus vecinos. Rápidamente los invitó a pasar. Cuando llegaron al cuarto donde se refugiaba Miriam, pudo escuchar parte de la conversación a pesar del ruido de la tormenta. «Se nos voló el techo de la casa», dijo una vecina. «Nos quedamos sin hogar», dijo otra. «El río se la llevó».

La madre de Miriam le pidió a los vecinos que no hablaran de la tormenta en presencia de los niños para no asustarlos.

Los adultos conversaban en voz baja mientras la lluvia constante arrullaba a los niños. Durante el día y hasta avanzada la noche la mamá oró por la seguridad de los niños y los vecinos refugiados en su casa.

Quietud después de la tormenta

Cuando Miriam se despertó, lo primero que notó fue el silencio. El viento ya no azotaba las paredes; la lluvia había dejado de golpear el techo metálico. Miriam retiró lentamente la cobija y se acercó a la ventana, donde su mamá había estado el día anterior. Miró hacia afuera y el paisaje parecía extraño. Su mamá estaba a su lado. «Estamos seguros ahora», dijo. «Dios ha protegido a todos los que buscaron refugio en nuestro hogar. El río no alcanzó nuestra casa».

¡El río!, pensó Miriam. ¡Es lo que miraba mamá anoche! Al mirar el paisaje observó que el río, aunque más crecido de lo acostumbrado, fluía a un par de metros de su casa. Miriam permaneció cerca de su mamá mientras examinaba la casa. El viento se había llevado parte del techo, pero las paredes se mantuvieron firmes. Durante los siguientes días la mamá observaba el nivel del río que se había desbordado. Pero nunca fue una amenaza para su casa. Miriam ayudó a su mamá a cuidar de los vecinos que no tenían un hogar al cual regresar.

La limpieza

Mamá contrató una persona que reparara el techo mientras los niños limpiaban la basura que la tormenta había esparcido en el patio. Mientras trabajaban le dieron gracias a Dios por haberlos protegido de la mayor tormenta que jamás habían visto.

Alguien vino a decirle a la mamá de Miriam que la escuela de los niños fue dañada cuando el viento se llevó el techo. Los libros de texto quedaron empapados y la basura arrastrada por el viento causó un verdadero desastre. Tendrían que limpiar y reparar la escuela antes de poder usarla otra vez.

Miriam no recuerda otra tormenta como ésta. «Sentía un poco de temor porque no comprendía lo que sucedía», dijo. «Pero mi mamá nos recordó que Dios cuidaba de nosotros. ¡Y así fue!»

Aprendiendo una lección

La Biblia dice: «Cuando tengo miedo, confío en ti» (Salmos 56:3). Cuando llegue una tormenta a nuestra vida, no necesitamos temer. Podemos confiar en Dios. La tormenta podría ser un examen en la escuela o algún problema en el hogar. Podemos confiar en Dios, porque él nos guiará a través de las tormentas de nuestras vidas.

Este trimestre nuestras ofrendas del décimo tercer sábado ayudarán a construir tres escuelas en las Filipinas, donde vive Miriam. Traigamos una ofrenda generosa que ayude a los niños de esta nación a obtener una educación cristiana.